aprestó para una expedición atrevida, cuya primera idea le sugirió la presentación del guante arrojado por el infeliz Conradino desde el cadalso, y á la cual acabaron de empujarle los sicilianos, que, después de sus tremendas *vísperas* funestas á los franceses, fueron á buscar en las playas africanas el apoyo del de Aragón contra la venganza del rey Carlos. Pedro III con su armada se hizo á la vela para Sicilia, coronóse rey en Palermo, arrojó de Mesina y de la isla toda á los franceses, y sus fieros almogáraves aterraron dentro de la misma Calabria al orgulloso usurpador, mientras que cautivaba al príncipe de Salerno primogénito suyo el invicto Roger de Lauria en una victoria naval que dió el cetro de la mar á los aragoneses. Caballero antes que rey, y obedeciendo al pundonor primero que á la ambición, interrumpió Pedro III sus victorias para acudir con solos tres caballeros, al través de mil riesgos, á Burdeos plaza neutral y del dominio inglés, para donde le había citado su rival á mortal desafío, que por ausencia de éste no se realizó. Pronto, empero, tuvo que acudir á más serio peligro, porque el papa Martino IV, francés de nación, después de excomulgarle y proclamarle enemigo de la Iglesia, había adjudicado el trono de Aragón á Carlos, hijo segundo del rey de Francia; y el nuevo candidato se acercaba con ejército poderosísimo, y hervía el descontento en los pueblos y la sedición entre los barones; pero á todo hizo frente el gran rey. Segunda vez la armada francesa fué destrozada en las costas de Cataluña por el terrible Lauria: su ejército desocupó á Gerona al mes de haberla rendido, y diezmado por la peste y por el enemigo que les picaba en la retirada, volvió á pasar en fuga los Pirineos con su rey moribundo, quedando gran parte de los 170,000 invasores tendidos en el suelo catalán.

Iba á embarcarse el infatigable Pedro III para arrebatar el reino de Mallorca á su hermano, que, ofendido por el injusto vasallaje que se le exigió, se había aliado con Francia, cuando la muerte le sorprendió en Villafranca en 1285, en tanto que su hijo Alfonso consumaba la proyectada venganza. Desde Mallorca

pasó Alfonso III á coronarse en Zaragoza, donde algunos próceres se aprovecharon de su mocedad para dictarle la ley, obligándole á otorgar los célebres privilegios de la *Unión*, que combatidos por otra parte de la nobleza, fueron, desde luégo, bandera de discordia. La fogosidad del rey su padre y sus guerreras empresas le habían hecho infringir, sin mesura, los preciados fueros del reino, así como sus apuros le habían obligado á reconocer, más tarde, no sólo su deber de guardarlos, sino el derecho en los súbditos de unirse contra el soberano siempre que los infringiera: y en el reinado del hijo fueron en aumento estas pretensiones. Á pesar de todo, Alfonso III, belicoso como su padre, conquistó á Menorca de los sarracenos; se hizo temer del rey de Castilla invadiendo sus tierras y protegiendo el derecho de sus sobrinos, los infantes de La Cerda; y su reinado se inauguraba con prosperidad, si Barcelona en 1291 no le hubiera visto morir arrebatadamente en lo más florido de su juventud, en medio de las fiestas que se preparaban para su enlace con la hija del rey de Inglaterra, con quien estaba estrechamente aliado y por cuya mediación había puesto en libertad al príncipe de Salerno.

Jaime II, pasando al trono de Aragón desde el de Sicilia que en vida de su hermano había obtenido, pensó en reconciliarse con los poderosos enemigos cuya coalición, tarde ó temprano, podía ser fatal á sus estados; y logró que el príncipe francés renunciara sus pretendidos derechos, casó con la hija del rey de Nápoles, restituyó su reino al de Mallorca, y se hizo estrecho amigo del pontífice, recibiendo en Roma la investidura de Córcega y Cerdeña en cambio de la cesión de Sicilia; de suerte que Aragón, apoyo y vengador, en un principio, del partido Gibelino, enarboló desde entonces en Italia el estandarte Güelfo. La Sicilia, convertida ya casi en colonia aragonesa y abandonada por su monarca, proclamó al joven Fadrique, hermano de éste, que puesto al frente de intrépidos aventureros y de hombres más dispuestos á la muerte que á la servidumbre, sostuvo su cetro no sólo contra Nápoles y la Iglesia, sino contra su mismo hermano

y contra la fortuna de Lauria, tan encarnizado enemigo de los sicilianos como antes defensor celoso. Jaime II abordó con poderosa armada en clase de adversario á la isla donde había reinado: sangrienta y varia en sus alternativas fué la guerra, que por la fusión de las dos naciones y la fraternidad de los dos soberanos pudo casi llamarse civil; hasta que el de Aragón respetando el heroísmo del otro, y creyendo haber cumplido bastante con sus aliados, desistió de su empresa, y no se dedicó en adelante sino á mantener con su mediación, á veces inútil, la buena armonía entre su suegro el de Nápoles y su hermano el de Sicilia. Por entonces pasaron de esta isla á la Grecia un puñado de aventureros, la mayor parte catalanes, terror de los turcos primeramente, y luégo del degenerado imperio en cuya defensa habían acudido; héroes portentosos y afortunados, si no mancharan y esterilizaran sus hazañas con violencia inhumana y furiosas discordias entre sí.

Entretenido Jaime II en apoyar al infante de La Cerda contra el rey de Castilla, á quien ganó en buena guerra el reino de Murcia que por la paz le fué restituído en su mayor parte, y en mostrar á los moros el valor cristiano de sus tropas en el glorioso pero malogrado cerco de Almería, no pudo pensar sino muy tarde en la conquista de Cerdeña, cuyo derecho sólo había obtenido, y que de hecho ocupaban los pisanos. Arrojólos de ella tras de reñidas y gloriosas batallas el infante D. Alfonso, quien poco después de volver coronado de laureles á los brazos de su padre, á la muerte de éste en 1328, le sucedió en el trono por la misteriosa renuncia y entrada en religión de su hermano mayor D. Jaime. La equidad y moderación de Jaime II en respetar los fueros de sus súbditos, al par que su firmeza en reprimir y castigar por vías legales las sediciosas coligaciones de la nobleza, proporcionaron á Alfonso IV un reinado pacífico, cuya tranquilidad interior no se hubiera turbado un momento sin las ambiciosas intrigas de su segunda esposa Leonor de Castilla á favor de sus hijos y en perjuicio de su entenado, cuya precoz sagacidad, aliando su causa con la de las leyes y libertades del reino, desbarató aquellas completamente. La endeble salud de Alfonso IV le impidió corresponder en el trono á la alta fama adquirida cuando príncipe, y asistir en persona á la guerra proyectada contra los moros y á la de los sardos siempre rebeldes: su dolencia le consumió joven aún en Barcelona año de 1336.

Al largo reinado de su hijo Pedro, agitado siempre de extranjeras é intestinas guerras, debe, con todo, Aragón la consolidación exterior de su poderío y su organización administrativa en lo interior. Rey de carácter violento y duro al par que astuto é hipócrita, maquiavélico en su política, pero recto y severo en su justicia, más apto para la elocuencia y para la intriga que para las armas, y sin embargo no destituído de valor, fué Pedro IV uno de aquellos déspotas providenciales que muchos estados nos presentan en la transición de la monarquía feudal á la absoluta. Desde el principio, desembarazado de su madrastra que evitó su saña con la fuga, y vengado de los partidarios de aquella, clavó sus codiciosos ojos en los dominios de su cuñado el rey de Mallorca; y llevando á cabo por la violencia el despojo pronunciado por la iniquidad y preparado por la calumnia y la perfidia, se dejó caer con todas sus fuerzas primero sobre la isla y luégo sobre los estados del mediodía de Francia, los agregó todos á su corona, y redujo á desesperada muerte en un combate al desposeído rey, y al príncipe su propio sobrino á bárbaro cautiverio. Sus arbitrariedades y la pretensión de legar el trono á su hija en perjuicio de su hermano D. Jaime, levantaron en contra suya bajo la bandera de la *Unión* un movimiento casi universal, aristocrático en Aragón y democrático en Valencia: hubo tumultos en las asambleas de cortes, revoluciones en las ciudades, sangrientas lides en los campos; pero D. Jaime, principal caudillo de la *Unión*, murió envenenado al empezar la guerra; el rey metió hábilmente la discordia entre los barones aragoneses, atrayendo los Lunas á su partido; y derrotados en Epila los rebeldes de Aragón y en Mizlata los de Valencia, cayeron en manos del irri-

tado monarca, que les hizo apurar la copa de su venganza como él había apurado la de la humillación, y desgarró aquella ley anárquica con la punta de su puñal.

Entonces Pedro IV pudo dirigir su atención á empresas exteriores; y mientras sus escuadras aliadas con la veneciana, ganaban prez y gloria en el Bósforo y en el Mediterráneo, abatiendo el poder de Génova su común rival, creyó poder terminar en persona la larga guerra de Cerdeña alimentada por Mariano Juez de Arborea. Mas las victorias mismas eran allí estériles, la rebelión pululaba siempre con nueva fuerza, y aquella tierra fatal continuó engullendo como inapeable sima los soldados y los tesoros de Aragón. Guerra más terrible, guerra á muerte nacida de leves principios, atizada, empero, por los descontentos y tránsfugas de uno y otro reino, se suscitó entre los dos Pedros, el de Aragón y el de Castilla, ambos fieros é iracundos, aquél más sagaz, éste más belicoso: obtuvo la ventaja el castellano. Tarazona, Calatayud, Borja, Teruel y casi todas las plazas valencianas cayeron sucesivamente en su poder; Barcelona y Valencia se vieron cercadas por la escuadra del enemigo, y Zaragoza temió verle dentro de sus muros: y sin embargo, el rey de Castilla, desconfiado de los suyos y cercado de turbulencias domésticas, no pudo aprovecharse de sus triunfos. Navarra, Portugal, Inglaterra, Francia y la Santa Sede dirigieron su atención á aquella furiosa lucha que no podía terminar, al parecer, sino con la extinción de uno de los dos reinos, la última para terminarla con su mediación, las otras para vender su neutralidad ó su alianza á los dos combatientes; y de ahí una multitud de tratados pérfidos ó vergonzosos por ambas partes, de treguas violadas á cada paso, de sacrificios de cabezas ilustres, puestas por precio de la paz, tales como el asesinato del infante D. Fernando de orden de su hermano Pedro IV, y el suplicio de D. Bernardo de Cabrera en Zaragoza, mandado por el rey que todo lo debía á la espada y á los consejos de aquel favorito. Con el destronamiento y muerte de Pedro el Cruel por su bastardo hermano, cesó la guerra de

trece años sin fruto alguno para el de Aragón, porque Enrique II rompió con la daga las promesas que había hecho, cuando conde de Trastamara y fugitivo, á su antiguo protector.

En sus últimos años Pedro IV volvió su odio contra su primogénito D. Juan hasta pretender privarle de sus derechos, y se entregó todo en brazos de su cuarta esposa Sibila de Forcia, que á la muerte del anciano rey acaecida en Barcelona en 1387, cayendo en manos del nuevo soberano su entenado, pagó su desmedido favor con amargas vejaciones y torturas. Aunque inaugurado con tanta crueldad, el gobierno de Juan I, del *amador de gentileza*, fiado á su esposa Violante, no fué sino una continuada fiesta, apenas interrumpida por las incursiones de algunos aventureros franceses en Cataluña, y por la matanza de los judíos en algunas ciudades; y la corta vida de este rey sibarita, no sin murmullo de los pueblos y aun desaprobación abierta de las Cortes, se redujo á una brillante serie de músicas y danzas, de justas y cacerías, hasta que en una de estas en el bosque de Foxá, año de 1395, terminó entre las garras de una loba. Á falta de hijos varones del difunto, y desestimándose la pretensión de su hija primogénita casada con el conde de Foix, fué llamado al trono D. Martín su hermano, que á la sazón se hallaba conquistando del poder de los magnates sublevados el reino de Sicilia para su joven hijo Martín casado con la heredera legítima de aquél. Asegurada la corona de su hijo con el arreglo de los negocios de Italia, y repelido de su propio reino el conde de Foix que osó invadirlo y sitiar varias plazas de Aragón, el devoto y bondadoso rey Martín gobernaba pacíficamente sus estados, muy ageno de creer sobrevivir á su hijo y ser el último retoño de la gloriosa dinastía de los Berenguers. Pero en menos de un año (1409 á 1410) la muerte sorprendió en Cerdeña al joven rey de Sicilia en medio de sus triunfos contra los rebeldes, arrebató en Valdoncellas junto á Barcelona á su padre abrumado del pesar y de sus dolencias; y sin quedar posteridad legítima de ninguno de los dos, ni siquiera sucesor designado, los

vastos estados de la monarquía aragonesa, á los cuales acababa de unirse la de Sicilia, se hallaron expuestos á toda la anarquía de un interregno y á las encontradas ambiciones de los pretendientes á la corona.

Entonces se puso á prueba la robusta constitución de esta monarquía: sin guerra civil, sin turbulencias, si se exceptúan algunas suscitadas por los partidarios del conde de Urgel y el asesinato del arzobispo de Zaragoza por D. Antonio de Luna, los tres reinos de Aragón, Cataluña y Valencia regidos por sus gobernadores se reunieron en parlamentos particulares, y nombró cada cual tres árbitros, ante los cuales ventilaron en Caspe sus derechos los regios candidatos, comprometiéndose á aceptar la decisión de aquel supremo tribunal. Eran aspirantes el duque de Gandía y el conde de Urgel descendientes por línea masculina de la extinguida dinastía, el conde de Luna hijo ilegítimo de Martín rey de Sicilia, y Luís de Nápoles y Fernando infante de Castilla nietos por sus madres, aquél de Juan I, y éste de Pedro IV. Los nueve jueces de Caspe eligieron unánimes al último, no tanto quizá por lo incontestable de su derecho como por lo aventajado de sus prendas; y Fernando I, coronado solemnemente en Zaragoza, fué por todos reconocido y acatado. El conde de Urgel apeló de este fallo al de las armas que le fué aún más desfavorable, y sitiado y preso en Balaguer capital de sus estados, tuvo que aceptar una reclusión perpetua por gracia de su vencedor. Fernando I pensó luégo en extinguir el largo cisma de la Iglesia, y ni sus dolencias le impidieron pasar á Perpiñán á tener sobre ello una entrevista con el emperador Segismundo, ni por su gratitud al papa Benedicto XIII de Luna dejó de negarle la obediencia cuando éste se obstinó en no sacrificar su dignidad á la conciliación universal; pero á su regreso la muerte le sobrecogió en Igualada en 1416, algo mal hallado con la firmeza de los barceloneses en mantener sus fueros y con el espíritu de sus nuevos súbditos más independiente que el de los castellanos.

El reinado de su hijo Alfonso V fué una continuada guerra en Nápoles, cuya corona le ofreció la reina Juana II para oponerle al pretendiente Luís duque de Anjou: su vida fué una alternada vicisitud de desastres y de triunfos, así por la varia suerte de las armas, como por la veleidad de aquella mujer que ora adoptaba al uno ora al otro de los dos contendientes para su recíproca destrucción. Bastó al principio la presencia del joven conquistador aragonés para someterle todo el reino, pero enemistado con Juana y acometido dentro de Nápoles mismo por sus enemigos, le costó trabajo salvar su vida y conservar la posesión de la capital, que en su ausencia se perdió por traición de Jacobo Caldora. Terminada la guerra con Castilla, en que le habían comprometido sus turbulentos hermanos el rey de Navarra y D. Enrique, y que contribuyó mucho á apaciguar la prudencia de su esposa D.ª María hermana del rey castellano, atendió Alfonso V á la reconquista de Nápoles á la sazón que su competidor y la reina Juana murieron casi á un tiempo, reemplazando á Luís en su pretensión Renato de Anjou su hermano. La fortuna, que abandonó al rey de Aragón en el combate naval de Ponza y le entregó prisionero en manos de los genoveses y luégo en las del duque de Milán, devolviéndole en breve su libertad y subyugada por su heroísmo, le abrió paso hasta dentro de Nápoles después de porfiado sitio, y le hizo triunfar de sus adversarios ó convertírselos en amigos. Los genoveses le rindieron tributo, el papa que más hostil se le había manifestado tuvo que acudir á su esfuerzo para el recobro de la Marca de Ancona, el duque de Milán le instituyó heredero de sus estados, y ejercía en Italia un predominio universal (1), cuando en 1458 falleció

(1) El trato más íntimo de los aragoneses con los italianos en el reinado de Alfonso V, y el ejemplo de este rey tan belicoso como ilustrado, protector magnánimo de las bellas artes y discípulo de Laurencio Valla, Juan Joviniano Pontano, Antonio de Bolonia y Leonardo Aretino, hicieron brillar en nuestro suelo ya desde sus primeros destellos la aurora del renacimiento que apuntaba en Italia, y aclimataron en él esa literatura del siglo XV, término medio entre la de los trovadores lemosines y la clásica del siglo XVI. Oigamos sobre el particular á Carbonell:

en su nueva corte de Nápoles, dejando á Fernando su hijo bastardo el adquirido reino, y los heredados de Aragón á su hermano Juan, rey de Navarra.

Habíalos gobernado éste como lugarteniente general en ausencia de Alfonso V después de la reina D.ª María, ora empeñándolos en ruinosas guerras con Castilla para satisfacer sus mezquinas ambiciones y sus particulares intereses, ora escandalizándolos con su encarnizada persecución contra su propio hijo Carlos príncipe de Viana, á quien había usurpado la corona de Navarra que por su difunta madre la reina Blanca heredera de aquel reino y por la adhesión general de los pueblos le pertenecía. Dueño ya Juan II de ambas monarquías y casado segunda vez con la hija del almirante de Castilla, no puso freno á sus injustas iras contra el príncipe destituído de amparo y mediador desde la muerte de su tío Alfonso V: prendióle en Lérida y le llevó de encierro en encierro, hasta que la reprobación universal de sus vasallos y el levantamiento de los catalanes amenazando su trono, le obligaron á restituirle la libertad y á darle parte en el poder entregándole el principado de Cataluña. De allí á poco, saboreado apenas el goce del triunfo y de la idolatría popular, murió en Barcelona el desventurado Carlos; los catalanes lo atribuyeron á veneno, y sublevándose en masa expelieron de su suelo á la impía madrastra, declararon indigno del cetro al desnaturalizado padre, mendigaron un rey y un caudillo á las naciones extranjeras, y en diez años de la más furiosa lucha se inmolaron á millares á la memoria y venganza del príncipe que veneraban por santo. Reconquistadas una por una las plazas de

---

En edat de cinquanta anys se doná (Alfonso V) *en apendre les arts liberals primer en gramatica e apres en poesia y en rethorica, fins en la fi de sos derrers dias tengué mestres en theologia, en dret canónich é civil, poetes, orators, etc., als quals no planya donar grans salaris, stipendis y quitacions... Nosaltres vasalls del dit rey de Aragó usavam molt de la barbaria, ne teniam aquella suavitat y elegancia que per gracia de nostre Senyor tenen vuy alguns... E per ço tots som obligats al dit rey Alfonso qui aixi 'ns ha despertats e mostrat camí de apendrer, sabrer é conseguir tant de bé y tresor com son dites sciencies, especialment de art oratoria é poesia.*

Cataluña tras de obstinado cerco, pudo Juan II entregarse todo entero al engrandecimiento del hijo de su segundo matrimonio, Fernando, á quien alcanzó á ver rey de Castilla por su enlace con Isabel heredera de aquella monarquía, triunfante de todos sus enemigos y contendientes, y cubierto de gloria por sus precoces hazañas.

La muerte del anciano monarca, acaecida en 1479 en Barcelona, dió á Fernando la corona de Aragón, y la de Navarra á su hermana Leonor, condesa de Foix, en premio de su complicidad en los odios de su padre y en el asesinato de sus hermanos Carlos y Blanca, que había muerto también emponzoñada. Pero Fernando V de Castilla y II de Aragón, expelidos los moros españoles de su última trinchera y terminada con la toma de Granada una reconquista de siete siglos, pensó en reunir sobre sus sienes las coronas que habían desmembrado sus antecesores: así quitó la de Navarra al nieto de su hermana, así la de Nápoles á Fadrique, nieto de Alfonso V; así Aragón fué recibiendo en su seno, como otros tantos ríos, los reinos de la península y los extranjeros que conquistó, para formar de su unión, acrecentada en breve con un dilatado imperio y con un nuevo mundo, una soberanía tal que no la ha igualado en grandeza y extensión ninguna otra de la tierra. Con los reyes Católicos terminan propiamente la historia y la monarquía aragonesa, no con el estrépito de una catástrofe, con la agonía de una larga consunción ó á mano airada de un conquistador, sino por efecto de sus propias conquistas: diríase que sus victorias le sirvieron de funerales, que sus glorias eran harto grandes para caber en su suelo ó pertenecerle en propiedad, que el rumor de sus hechos peculiares se perdió de una vez entre el de la marcha triunfal de los tercios españoles por la Italia, y el de las aclamaciones por el hallazgo de un hemisferio adquirido para el catolicismo y para la España.

Tres dinastías se sucedieron en el trono de Aragón, correspondientes á las tres épocas de infancia, juventud y virilidad que

se notan en su historia nacional; ninguna de las tres nacidas en el mismo suelo aragonés, sino venidas de las provincias que lo rodean. Navarra le dió la dinastía de Ramiro I, Cataluña la de los Berenguers, Castilla la del infante de Antequera. La dinastía navarra, belicosa y ruda, fundó la nación y el reino, y Alfonso I adquirió para la una territorio donde establecerse, y para el otro una capital donde centralizarse; la catalana civilizadora y popular, en su larga y gloriosa vida atendió á la vez á afianzar y á engrandecer, y Jaime I redondeó sus dominios en la península y estableció la legislación que Pedro IV con su mano de hierro fundió y repulió: la castellana conquistadora por esencia, sólo aspiró ya á dominar, y Alfonso V y Fernando II enarbolaron sus pendones en el continente italiano. Hasta Alfonso I se peleó por la independencia dentro del angosto Aragón primitivo; hasta Pedro III se peleó dentro de la península por la independencia y por la gloria; de allí en adelante se peleó por la gloria exclusivamente, y la Europa fué teatro de este combate. En el primer período, de guerra casi defensiva, se conquistaban villas y ciudades; en el segundo, de guerras de gloria y aventuras, se conquistaban provincias; en el tercero, de guerras de ambición, se conquistaban reinos. Si los cielos hubieran deparado un sucesor varon á Fernando el Católico, tal vez aquél hubiera guardado más consideración á su herencia paterna y al núcleo primero de tanta grandeza, y Aragón en aquel hacinamiento de coronas hubiera conservado siempre una preeminencia que por mil títulos le era debida: pero al mismo tiempo que el Aragón, perdió la España sus monarcas indígenas; una dinastía venida del Austria recogió aquella pingüe herencia, atenta sólo á uniformarla; y un rey austriaco no dejó de los fueros y administración de la antigua corona aragonesa sino el nombre y algunas formas, que el jefe de una dinastía francesa debía más tarde borrar del todo relegándolos á los archivos, como las hazañas y servicios de sus naturales estaban ya relegados á la historia.

III

Pocas instituciones han llamado tanto y tan pronto la atención de los publicistas como las del antiguo reino de Aragón, aun en tiempos en que esta clase de investigaciones respecto de los demás estados eran casi desconocidas. La popularidad de sus fueros, las tradiciones de libertad, aquellos reyes tan fuertes en el campo como circunspectos en el trono, aquella aristocracia tan compacta y organizada en medio del hervor de las ambiciones particulares; aquellas cortes de *cuatro brazos*, tan libres y nunca sediciosas ni turbulentas, erigidas en jueces entre los súbditos y el monarca, y sin cuya absoluta unanimidad nada podía hacerse; aquel supremo magistrado llamado por énfasis *Justicia*, juez entre el monarca y las cortes, amparo del último vasallo contra el primer prócer, y cuya responsabilidad era tan terrible como su poder, son particularidades de Aragón nacidas de la fuerza misma de las cosas, ligadas íntimamente con las condiciones de su sociedad, y tanto mejor arraigadas cuanto no fueron trasplantadas de otro suelo por el espíritu de imitación, ni fruto de ninguna utopia ó del capricho de un legislador. Los antiguos cronistas, creyendo hacer más respetable su origen, fingieron no sé qué consulta de los aragoneses con el papa León IV ó Adriano II, y no sé qué relación entre los fueros de Sobrarbe y los códigos franco y lombardo; los eruditos del siglo XVI, Zurita, Blancas, Antonio Pérez, quisieron ver en aquellas instituciones, y especialmente en la del Justicia, una copia del gobierno lacedemonio y de los éforos de Esparta, aliando las exageraciones republicanas de la clásica antigüedad con el profundo sentimiento monárquico de sus tiempos; y los políticos y reformadores del nuestro, seducidos por aquel entusiasmo ficticio y por su propia pasión, se han figurado descubrir en ellas el germen de la moderna democracia, y descifrar en carcomidas páginas sus